

XXVI

--Me había propuesto—dijo una noche en la imprenta Millán á Pepe—no hablarte de ciertas cosas, porque me duele recordar lo pasado; pero es necesario que sepas lo que te voy á contar, para que estés advertido. Si no andas listo, á los disgustos de ahora tendrás que añadir otros, y de peor índole.

—¿Qué quieres decir?

—Es necesario....que vigiles á tu hermana.

—¡Millán!

—No nos enfademos; ten calma.

—¡Eso es despecho!

—Te hago un verdadero favor avisándote; conque escucha y serénate, que te conviene: si callo, tú seras quien salga perdiendo. Y

me alegro que hayas soltado esa palabreja: no hay tal despecho.

—Habla pronto y claro.

—Yo quería á Leocadia y ella parecía no recibirlo mal; después, tú lo viste y yo no me hice ilusiones, ella me dejó: desde entonces he procurado ir poco á tu casa; me era penoso verla y, la verdad, hasta me ofendía su indiferencia, porque era prueba de que mi amor propio me había engañado. Ví claro que nunca me quiso ni pizca.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Me propuse que nosotros no riéramos, y tú dirás, si tienes queja de mí.

—Ninguna.

—Y me propuse también no hablarte nunca de ella. Hoy lo hago, no por Leocadia, soy franco; sino por tí. ¿Sabes dónde pasa muchas tardes?

—Su madre se la lleva á novenas y fiestas de iglesia.

—Y á otras partes.

—¡Mira bien lo que dices!

—No te atufes. A Tirso le ha hecho, no sé quién, capellán de una cofradía, Hermanidad, ó lo que sea, que llaman las "Hijas de la Salve" ó la Limosna de la luz, no lo sé fija-

mente, y Tirso las lleva con mucha frecuencia á las fiestas de la iglesia: hay capillas privadas, como hay teatros caseros. Hasta aquí todo va bien; pero, de paso, ya sabes por qué dejan á don José solo las horas muertas. Lo malo es que antes y después de las funciones de iglesia se están allí ratos y más ratos, en una sala donde las "hermanitas" reciben las visitas de las familias de sus educandas, donde además venden la ropa de un obrador que tienen: aquello es medio tienda, medio sacristía, y allí va toda clase de gente. Tu hermano ha tomado en serio el ser director espiritual de las oficialas del taller, y las aturde á letanías: tu madre.... chico, lo diré con mucho respeto; pero hay que llamar á las cosas por su nombre.... tu madre está como si le hubieran sorbido el seso: Tirso la tiene días enteros doblando ropa, arreglando cajones, recibiendo la labor á las chicas.... y, vamos á la parte más fea del asunto. Con las señoras de la grandeza y las que quieren imitarlas, van allí algunos de esos devotos que desgastan con las rodillas los ruedos de las iglesias y, tras las mujeres, van señoritos elegantes á ver lo que se pesca, ¿entiendes?

—Sigue.

—Uno de esos señoritos está buscándole las vueltas á Leo.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Puedes suponer que me hubiese metido en esto si no lo estuviera?

—¿Cómo lo has sabido.

—Esa cofradía ha mandado imprimir unos reglamentos en casa de Lozano, donde yo estuve ayer; él tiene "prisas" me ha pedido que le hagamos aquí la tirada, y con este motivo, estuvo hablándome de esas "Hijas de la Salve," y me lo ha contado todo. Lozano es hombre formal, incapaz de mentir, y, vamos, son cosas que no se inventan. Él ha ido allí varias veces y ha visto á Tirso, y á tu madre, y á Locadia hablando muy entusiasmada con varios señoritos.

—¿Y en particular con alguno?

—No lo sé; pero ¿qué importa? No te hagas ilusiones; tu hermana es honrada, todo lo que quieras.... pero ya puedes figurarte lo que buscarán esos caballeres.

Pepe quedó pensativo; involuntariamente se acordó de Paz, de la desigualdad que le separaba de su amante y de que, sin embargo, aquel amor no podía ser más sincero ni

honesto. Lejos de ocultar á Millán sus ideas, le dijo:

—Y si yo hablo con ella, ¿qué caso ha de hacerme mi hermana? Puede decirme que también yo estoy en amores con una mujer superior á mi clase.

—Calla hombre, no compares; ¡buena diferencia! La malicia está generalmente en el hombre; y siendo tú como eres, tu novia es para tí sagrada. Lo otro es distinto; la atacada es la parte débil. . . . y, en fin, con estar avisado y ser cauto, nada pierdes. Por interés mío no te hablo; no he vuelto nunca á imaginar que yo pudiese tener nada con ella. Además, ya sabes que *estoy* con Engracia.

—Tienes razón.

—A estar yo en tu pellejo, lo primerito que hacia era prohibirla que volviese.

—Se arma en mi casa la de Dios es Cristo

—Pues chico, que se arme; pero pón remedio.

—¿Tendrás medio de averiguar? . . .

—¿Qué más quieres saber? ¿No te digo que andan tras ella sin que les rechace? ¿que se ponen á charlar con ella en cuanto llegan? Por su puesto que, según Lozano, la mitad de las señoras van allí á ese. En la puerta hay

una de carruajes que no se puede pasar, y todo son miradas, frases cambiadas como al descuido, darlas el brazo hasta los coches, en fin, como los domingos á la entrada de las iglesias de moda.

—¡Y para eso dejan solo á mi padre! ¡Te juro que lo evitaré!

Hablaron después de otros asuntos; pero Pepe no podía fijar en nada la atención. Iban ya á separarse, cuando Millán le dijo:

—Ahora voy á pedirte yo un favor.

—Lo que quieras.

—Me han propuesto un negocio que me conviene. Se trata de ir á Avila para montar unas máquinas: cuestión de pasar allí unos dias; estancia y viajes pagados, y cuatro mil realitos. No sé aún cuándo será la cosa, pero he aceptado.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Quiero que mientras yo esté fuera veas á Engracia con frecuencia, y que si necesita algo se lo des; yo te dejaré cuartos. . . . En fin que sepa yo lo que hace. ¡Está más guapa!

—Corriente: haré eso y todo lo que me encargues.

—Nada más: no tengo persona de mayor confianza que tú.

Terminado el diálogo se despidieron, y Millán se fué: Pepe entró al cuartijo donde trabajaba y, á solas, se dejó caer sobre una silla, casi llorando de rabia y de vergüenza. En aquel momento, hubiera sido capaz de ahogar á Tirso entre las manos.

El ruido que hicieron algunos cajistas al marcharse le distrajo de pronto y, mirando al reloj vió que faltaba poco para la hora de la cena. Cuando salió á la calle, el aire fresco le serenó algo; pero el bochorno sufrido oyendo á Millán le pesaba en la memoria como el rubor de una falta propia: unos instantes le agradecía el aviso; otros, casi le guardaba rencor. La razón le dijo, al fin, que era más sensato lo primero. Anduvo de prisa, impaciente por hablar en seguida con Leocadia, y al llegar á su casa subió apresuradamente la escalera, sin saludar á la encajera del portal, y tiró de la campanillá, que sonó hacia el fondo del pasillo, sin que se oyeran pasos ni rozar de faldas contra las paredes. Volvió á llamar, nervioso por la impaciencia, y nada, ni el menor ruido: no abrieron. No era creíble que hubiesen dejado solo á su padre: ¿qué ocurría? Esperó unos minutos y tornó á tirar del llamador, dando, además, con el pie en la puerta. Tam-

poco se oyó nada. Entonces echó escaleras abajo, y llegó al portal á tiempo que la puntillera terminaba de recoger su puesto para irse.

—¡Jesusa! —gritó desde el último tramo —en mi casa no abren: ¿sabe usted si ha sucedido algo?

—Están fuera.

—¿Todos?

—Todos.

—Pero, ¿y mi padre?

—Toma, el pobre señor arriba. Como usted entró corriendo... no le dije ná. La señora, Don Tirso y la señorita salieron á cosa de las cuatro, diciéndome que tuviera *cuidao*... y hasta ahora ¡Figúrese usted qué iba á cuidar! Si me hubieran *dao* el picaporte... ¿quién *icir* que podía haber subido por si el señor *nececitaba* algo.

—¿De modo que está arriba solo desde las cuatro?

—Cabalito.

Iban á dar las nueve; hacía más de cuatro horas y media que el pobre anciano estaba solo, como perro enfermo abandonado en un desván. Aquello era ya demasiado. Pepe, procurando no perder la calma, á pesar del

enojo que le dominaba, sintió la necesidad de cerciorarse de que nada le había sucedido á Don José. Lo primero que se le ocurrió fué hacer saltar de un bastonazo el ventanillo y llamarle, por tranquilizarse escuchándole contestar; pero desde el sitio donde solían ponerle la butaca, junto al balcón del comedor, era difícil que oyera: hablarle desde las ventanas de los vecinos que daban al patio, también era inútil; y mientras rápidamente lo concebía, la imaginación le presentaba á los ojos á su padre postrado en la butaca, silencioso, triste, en cruel soledad toda la tarde. Salió á la calle para buscar quien descerrajase la puerta, tan excitado de ánimo contra su madre y hermanos, que casi deseaba no verles llegar para que apareciese más justificado el tropel de ásperas reconvenciones y palabras duras que se le venían á los labios,

—*Mialos, mialos*, por donde asoman— dijo de pronto la puntillera.

Venían por el arco que da á la Plaza Mayor: Doña Manuela, agitada, llevando alguna delantera á sus hijos y con el picaporte en la mano; Tirso, de hábitos y recientemente afeitado. detalle de aseo raro en él; Leocadia lucía puesta la mejor ropa que le quedaba, y á

falta de primores en el traje, se había hecho un peinado muy llamativo. Pepe se adelantó al encuentro de su madre.

--Se nos ha hecho un poco tarde--dijo ella, adivinando el estado de su hijo.

El la quitó violenta, casi brutalmente la llave de la mano, tratándola por vez primera sin miramiento, y penetrando en el portal echó escaleras arriba. Abrió precipitadamente la puerta del cuarto y llegó al comedor.

Don José estaba inmóvil en el sillón, oprimiéndose la frente con un pañuelo ligeramente manchado de sangre: sobre una mesa inmediata había una bujía y una caja de fósforos. Sin preguntarle nada, adivinó Pepe lo sucedido: al anoecer debió intentar encender la vela, y al querer alcanzar los fósforos, se cayó. El quedar la palmatoria y las cerillas al alcance de su mano, demostraba en la madre y los dos hijos propósito de regresar tarde, aunque esperasen llegar antes que Pepe; pero sucedió lo contrario. La herida de don José era insignificante, mas, la vista del pañuelo manchado de sangre puso á Pepe fuera de sí.

--Nada me sorprende de tí: eres cura --

dijo encarandose con Tirso, al par que examinaba á su padre la frente—pero, ¡vosotros!...

—Hijo, no creí que fuese tan tarde.

--¡Parece que ya no eres mi madre! Tú—añadió dirigiéndose á Leocadia--no volverás á salir sin permiso mío.

--Ordeno y mando. ¡Sin permiso tuyo! ¡Tienes gracia!

Su voz tomó inflexiones de burla provocativa: Pepe, sin dejar de limpiar con cuidado la poca sangre que don José tenía ya casi seca en el nacimiento del pelo, repuso enérgicamente:

¡Nó! no saldrás sin permiso mío. Ya que es preciso, lo diré claro, hablaré como nunca me habéis oído hablar. Las circunstancias me han hecho jefe de la casa; cuanto aquí entra, lo traigo yo; yo soy quien trabaja, quien se desvela porque no nos muramos de hambre, y no consentiré que nadie, ¡oyes, Tirso? no toleraré que ningún extraño me robe mi autoridad. Entendedlo bien... yo, con lo que gano, tengo de sobra para mí; si no se me obedece, soy capaz de abandonaros á todos.

A pesar de tener tan sorbida la voluntad por el cura, en una sola frase resumió

entonces doña Manuela los buenos sentimientos de Pepe, diciendo:

--¡Eso sí que no lo creo! ¡eres incapaz de ello!

Tirso creyó que podía oponer su autoridad á la de Pepe.

--Y yo, ¿no soy el hermano mayor?

--¡Tú mi hermano! Tú eres cura, y nada más. Quítate de delante, porque me falta la calma... ¡Infames, maldita sea vuestra devoción y vuestra iglesia! ¡Sóis los ateos del cariño!

En vano pretendió la madre acercarse: Pepe no lo consintió. Con agua de una botella que había sobre el aparador, lavó al padre la frente y, convencido de que la lesión no tenía importancia, se limitó á ponerle en ella un trozo de tafetán; pero la ira no le salió del alma: comprendía que, á dar el golpe un poco más fuerte, aquello hubiera sido una escalabradora muy grave: doña Manuela no se atrevió á chistar: Leocadia continuaba mirando descaradamente á Pepe.

—¡Con que ahora mandas tú?—le decía con sorna—vaya, hombre, me alegro; pon un bando en el pasillo.

—¡Nó! No saldrás sino cuando yo quiera;

y, sobre todo, no vuelves á poner los pies donde has estado esta tarde. ¿Piensas que no sé á lo que vas? Eres mi hermana, ¿lo entiendes? y antes de que pierdas la vergüenza, será capaz de ahogarte.

--¡Uf! qué miedo! Mañanita vuelvo si se me antoja....

— ¡Basta, hijos míos! Pepe, no te irrites — interrumpió Don José con acento débil — no volverá, yo la suplicaré que no vaya.... y preparadme la cena, que tengo mucha necesidad.

Cenaron en silencio y Pepe acostó á su padre, sin querer ajena ayuda ni cruzar con nadie la palabra: después se recogieron Doña Manuela y Leocadia. Cuando iba Tirso á entrar en su cuarto, le dijo Pepe:

— Espera, tenemos que hablar; no es posible que continuemos así.



XXVII

La luz escasa de la lamparita, sucia y mal despabilada, iluminaba el comedor, donde menudeaban las señales de incuria y abandono. Pocos meses antes, los mismos objetos y muebles que allí había estaban limpios y ordenados: ahora el polvo velaba las tablas del aparador, grandes manchas de grasa afeaban las puertas á la altura de las manos, los visillos blancos del balcón parecían grises, los cojines en que Don José apoyaba las piernas estaban medio destripados en el suelo, y el mugriento hule que servía de tapete á la mesa mostraba descosidas y colgando hasta la estera las tiras de su ribete de trensilla. Todo indicaba que los ojos de la madre y la aguja